

AMOR ES: Darse
Juan 15: 8-13

Hace muchos años, cuando un médico trabajaba como voluntario en un Hospital de Stanford, conoció a una niña llamada Liz quién sufría de una extraña enfermedad.

Su única oportunidad de recuperarse aparentemente, era una *transfusión de sangre* de su hermano de 5 años, quién había sobrevivido milagrosamente a la misma enfermedad y había desarrollado anticuerpos necesarios para combatir la enfermedad.

El doctor explicó la situación al hermano de la niña, y le preguntó si estaría dispuesto a darle su *sangre* a su hermana.

Por un momento, lo vio dudar antes de tomar un gran suspiro y decir; Si, lo haré, si eso salva a Liz.

Mientras la transfusión continuaba, el niño estaba acostado en una cama al lado de la de su hermana, y sonriente mientras los médicos lo asistían a él y a su hermanita, veía retomar el color a las mejillas de la niña.

Entonces la cara del niño se puso pálida y su sonrisa desapareció. El niño miró al doctor y le preguntó con voz temblorosa: *¿A qué hora empezaré a morirme?*

Siendo solo un niño, no había comprendido al doctor; él pensaba que le daría toda su sangre a su hermana... Y AÚN ASI, SE LA DABA...

Muchos dicen que amor es dar y están muy cerca de la verdad. Pero tenemos que reconocer que es posible dar sin amor; yo puedo dar porque me conviene, porque puedo sacar un provecho, pero no por amor. Mucho más que dar, la verdadera esencia del amor está en el darse uno mismo como nos lo muestra nuestro niño de hace un momento y como nos lo enseña más profundamente nuestro Señor Jesucristo.

“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (v.8).

El cristiano debe producir fruto; no fue salvado para ser una planta de decoración, sino una planta que produzca fruto. Y para producir fruto el cristiano depende de su comunión con Cristo. Pero, ¿qué es el fruto? Juan el Bautista le dijo a la gente de su tiempo que es el reflejar al mundo el cambio que Dios ha hecho en el creyente (Lc. 3:8-14). El Señor Jesús lo dice en términos de hacer buenas obras haciendo la diferencia con el mundo: *“Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero Yo os digo:*

No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses” (Mt. 5:38-42). El Apóstol Pablo también relaciona el fruto con las buenas obras y lo relaciona con la acción del Espíritu Santo en la vida del creyente. Pablo dice, por ejemplo que fuimos salvos para buenas obras las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Ef. 2:10). En esta misma Carta dice más adelante: “(porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor” (Ef. 5:9-10). Así que el fruto son todas aquellas acciones dirigidas por el Espíritu Santo que agradan al Señor; todo aquello que le da gloria (v.8). Después detalla más Pablo cuál es ese fruto que agrada al Señor: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gál. 5:22-23). Lo primero que aparece en la lista es el amor. El amor es aquella virtud que busca siempre el bienestar de los demás; no busca su propia satisfacción sino el beneficio de los demás (1Co. 13:5).

Así que, volviendo a nuestro relato Bíblico de hoy, somos llamados a llevar mucho fruto de amor a los demás mostrando así que somos de verdad discípulos de Cristo. Poco antes el Señor les había dicho: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34-35). Para el creyente en Cristo, el amor no es una opción, es un mandamiento de Dios que tiene la responsabilidad de cumplir. Para el mundo es una opción y por eso suaviza la profundidad del concepto al minimizar el amor como solo un sentimiento que guía las acciones de la gente. “Déjate guiar por tu corazón”, dicen, cuando la Palabra de Dios enseña que el corazón es engañoso y perverso (Jer. 17:9). Nosotros sabemos que el amor, mucho más que un simple sentimiento, es una decisión y para poder mantener tal decisión de amar es necesario permanecer en comunión con Cristo para desarrollar el fruto del Espíritu Santo en nosotros.

“Como el Padre me ha amado, así también Yo os he amado; permaneced en mi amor” (v.9).

El mayor ejemplo de amor digno de imitar es el amor de nuestro Señor Jesucristo que compara el amor de su Padre con el amor que Él ha mostrado por sus discípulos. Es decir, ¿podemos amar a todos como Dios

nos ama a nosotros, o será que hacemos diferencias? Ciertamente hay diferentes clases de amor, pero aquí estamos hablando del peso del amor, no de la clase de amor. Dios nos llama a no hacer diferencias. Para poder lograrlo el llamado en toda esta sección es a permanecer en su amor (vv.4,5,6,7,9,10). Su amor no solo nos alimenta y fortalece, sino que nos enseña cómo practicarlo en los demás. Puedo asegurar que cuando un creyente no muestra amor hacia los demás sino amargura, resentimiento y hasta odio, es porque ha perdido la comunión con Cristo. En cambio, quien permanece en el amor de Cristo puede resistir, sin que le afecte nada, el odio de los demás. ¿Se da cuenta de la gran diferencia? ¿Cómo permanecer en el amor de Cristo?

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (v.10).

¿Cómo permanecer en el amor de Cristo? Guardando sus mandamientos que afortunadamente no son 630 como en la Ley de Moisés, sino sólo dos con lo que el creyente cubre toda la Escritura, como nos enseña nuestro Señor Jesucristo quien dijo: “...Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mt. 22:37-40). En otras palabras, alguien puede decir: “es muy difícil cumplir todo lo que dice la Biblia”. El Señor Jesús le dice a esa persona: “si cumples estos dos mandamientos la habrás cumplido al 100%”. Entonces, la obediencia a Cristo y el dar fruto como parte de esa obediencia, son evidencias de que somos verdaderos discípulos del Señor. La obediencia nos lleva a amar y al mismo tiempo el amor nos hace obedientes.

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (v.11).

El gozo es el segundo elemento en la lista del fruto del Espíritu Santo en la vida del creyente que muestra el Apóstol Pablo (Gál. 5:22-23). La figura que está usando Él para comparar la dependencia que sus discípulos deben de tener en Él para poder dar fruto es la de un viñedo. Aquí está expresando que el viñador, que ha estado esperando por largo tiempo el fruto de la uva, cuando ve por fin su viñedo lleno de fruto y sano como para seguir dando fruto por muchas temporadas más, se llena de gozo. Así es el gozo del Señor cuando sus discípulos dan fruto y así es el gozo de los discípulos que dan fruto.

El amor del Señor fue de total entrega y sacrificio por usted y por mí, y por el gozo puesto en Él pudo soportar la Cruz (Heb. 12:2). En nuestro relato Bíblico de hoy, al Señor le esperaba la muerte en unas horas más, pero, a pesar de ello, en su vida había plenitud de gozo por el gran amor con que amó tanto a su Padre como a la humanidad que se perdía sin esperanza. El amor produce gozo y el gozo es una manifestación del amor. Cuando hay amor en la vida del creyente hay gozo, y cuando hay gozo, el creyente puede soportar toda clase de problemas, crisis y desastres en su vida. El gozo del Señor Jesús estaba en cumplir la voluntad de su Padre y Él espera que sus discípulos tengan este mismo gozo. ¿Lo tenemos?

*“Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como Yo os he amado”
(v.12).*

El Señor ha estado insistiendo desde el capítulo 13 en que amar no es una opción para los creyentes; es un mandamiento de Él y que el amor se debe dar con la misma intensidad, es decir, con el mismo peso con el que Él ama. Alguien puede decir que eso es imposible porque, después de todo Él es el Cristo, el Hijo de Dios, Dios mismo hecho Carne. Pero si el Señor lo manda es porque es posible y es posible porque su amor perfecto es el que vive en nosotros. Y notemos que aquí no dice que amemos en la medida en que nos amen los otros, o que amemos a los que nos tratan bien. De hecho, el Señor nos llama a amar aun hasta a los enemigos: *“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:43-45).* El amor supera toda barrera y, como dice el Apóstol Pedro, cubre multitud de pecados o de fallas (1P. 4:8). ¿Cómo está nuestro amor hoy? Recuerde, la medida para amar no es la personal, es decir, *“yo te amo a mi manera”*, el mandamiento es a amar a la manera de Cristo, con la misma intensidad, peso, entrega y sacrificio.

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (v.13).

Esta es sin lugar a dudas la mayor prueba de amor que alguien pueda dar: darse a sí mismo en beneficio de los demás. Este es la máxima manifestación del amor, el amor a toda prueba, el fruto mayor. El Señor Jesús estaba a punto de entregar su vida para beneficio de la humanidad, es decir, en favor de la humanidad, para salvación de la humanidad.

Para medir la intensidad de nuestro amor, nosotros deberíamos preguntarnos si estaríamos dispuestos a dar nuestra vida si con ello alguien se beneficia. Por supuesto, estoy hablando de un beneficio en forma positiva. Por ejemplo, ¿defendería a alguien aun hasta la muerte si fuera necesario?, ¿tomaría el lugar de alguien para ser sacrificado? Considere lo siguiente, el Señor Jesús tiene en mente que en unas pocas horas más entregará su vida para rescate de muchos (Mt. 20:28) y está pensando no solamente en sus amigos sino también en sus enemigos. También por ellos entregó su vida para darles oportunidad para el arrepentimiento y el posterior perdón de pecados y la salvación eterna de sus vidas. Él entregó su vida a cambio de la nuestra; entregó su vida para beneficio de la nuestra.

Sus amigos no son su círculo íntimo o cercano de personas; sus amigos son todos aquellos que obedecen sus mandamientos (v.14); Abraham fue llamado *“amigo de Dios”* (2Cr. 20:7 / Is. 41:8) por su obediencia al Señor. Así es que, si un enemigo se arrepiente y entrega su vida a Él, se convierte en su amigo por obediente. Cuando hablamos de enemigos, no solamente pensemos en los opositores del Señor como los fariseos, saduceos, los judíos del pueblo, los romanos, etc. Pablo dice que usted y yo también éramos enemigos de Él y por ello nos dio la oportunidad de la reconciliación (Ro. 5:10 / Col. 1:21). Esta es la clase de amor que viene de Dios; este es el amor a la manera de Dios.

Este es el amor de verdad, el amor que no es de labios solamente, sino el que se muestra con hechos. Esto es lo que quiso decir el Señor cuando enseñó acerca de negarse a sí mismo (Mc. 8:34). Negarse a sí mismo significa, entonces, darse por los demás.

Conclusión.

Dar la vida por los demás es la expresión máxima del amor. Sin embargo, es muy poco probable que estemos ante una situación de este tipo. Por eso tenemos que enfocar en el sentido de aplicación más probable o más cercana que esta frase puede tener para nuestras vidas. El sentido más cercano que podemos encontrar es el del sacrificio. El amor es sacrificado. El Señor Jesús lo dijo cuando comparó su amor por la iglesia con el amor entre la pareja: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”* (Ef. 5:25). El Apóstol Juan dice que Dios mostró su gran amor por la humanidad al ofrecer (en sacrificio) a su único Hijo para salvación de toda aquella

persona que crea en Él (Jn. 3:16). El amor es entrega, es sacrificio, es darse a uno mismo.

Tal vez nunca se vea en la situación de tener que dar su vida por Cristo o por alguien más, pero le aseguro que muchísimas veces en su vida tendrá la oportunidad de sacrificarse por el beneficio de los demás. Recuerde, el amor es 100% acción. Cuando sacrifica su tiempo, sus diversiones y aún su dinero para beneficio de alguien más usted está mostrando ese amor de entrega y sacrificio; usted se está dando a sí mismo. Cuando tiene que hacer algo que no le gusta o no quiere hacer pero sabe que debe hacerlo en obediencia, usted se está sacrificando y se está dando a sí mismo. Cuando puede donar un órgano en vida, o sus órganos a la hora de su muerte, usted está dándose a sí mismo y está amando a la manera de Dios. Hay mil formas en que nos podemos sacrificar por los demás, en que podemos darnos a nosotros mismos para beneficio de los demás, agradando y glorificando de esta manera a Dios. Entonces estaremos mostrando que en verdad somos unos discípu@ del Señor Jesús. Amén... Vamos a orar...